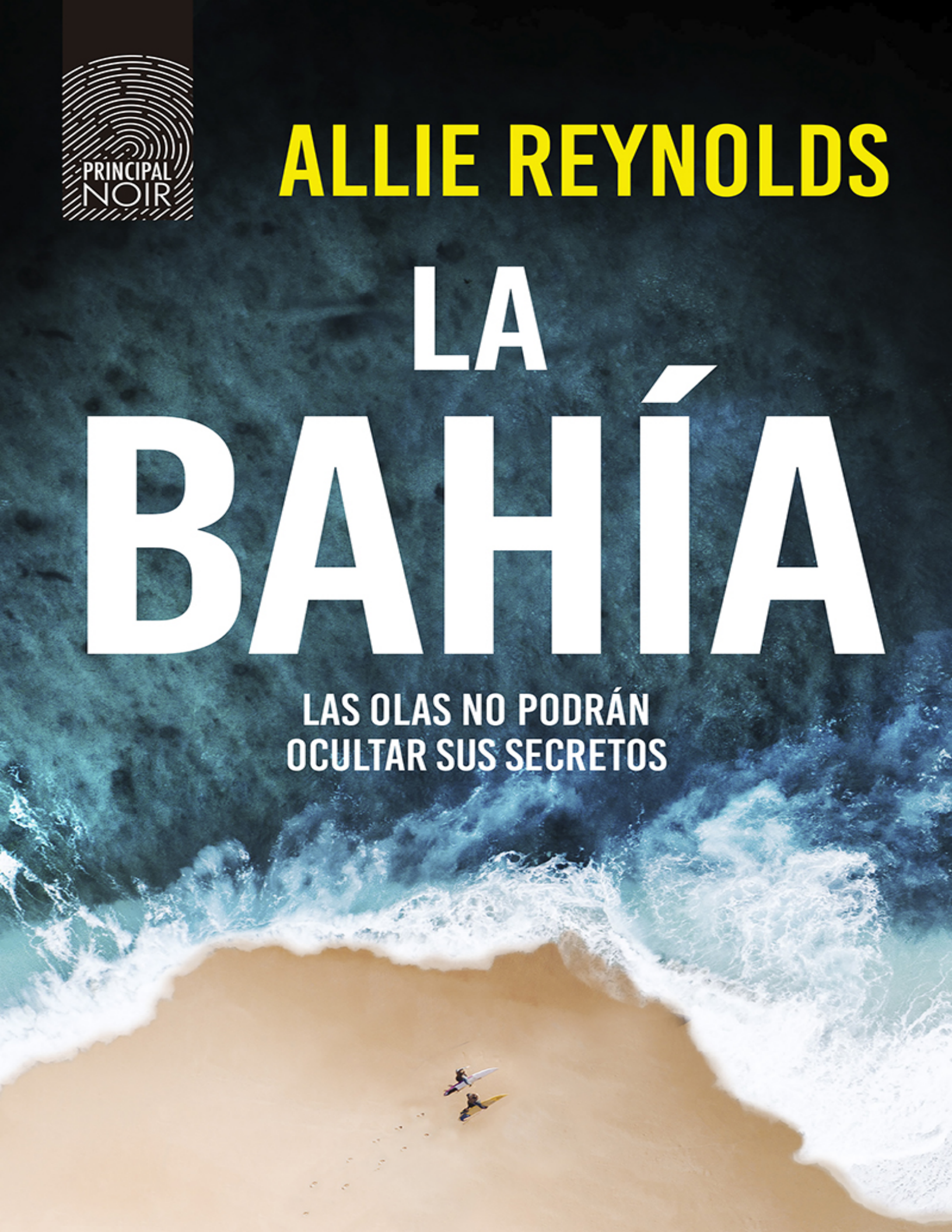


ALLIE REYNOLDS

LA BAHÍA

**LAS OLAS NO PODRÁN
OCULTAR SUS SECRETOS**



Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrute de la lectura.

Queremos invitarle a que se suscriba a la *newsletter* de Principal de los Libros. Recibirá información sobre ofertas, promociones exclusivas y será el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tiene que clicar en este botón.



La bahía

Allie Reynolds

Traducción de Marina Rodil para Principal Noir



Contenido

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51

Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76

Agradecimientos

Notas

Sobre la autora

Página de créditos

La bahía

V.1: octubre de 2022

Título original: *The Bay*

© Allie Reynolds, 2022

© de la traducción, Marina Rodil, 2022

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2022

Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial de la obra.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: Unsplash - Shifaaz Shamoon - Lachlan Dempsey

Publicado por Principal de los Libros

C/ Aragó, 287, 2^o 1^a

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-18216-55-8

THEMA: FHX

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

La bahía

Una cosa está clara: nadie se marcha de la bahía

Cuando Kenna descubre que su mejor amiga, Mikki, va a casarse con un chico al que acaba de conocer en Australia, decide viajar hasta allí para evitar que cometa un error. Es una visita sorpresa y, cuando llega, Mikki y su prometido están a punto de salir de viaje, así que decide acompañarlos. La bahía de Sorrow es hermosa, salvaje y peligrosa, un lugar aislado y sin cobertura con las mejores olas para practicar surf. Aquí, Kenna conoce al misterioso grupo de amigos de Mikki, que están dispuestos a cualquier cosa para mantener su paraíso en secreto. Sky, Ryan, Clemente, Jack y Victor han venido a disfrutar de las olas y a desaparecer del mundo. ¿Qué les parecerá que aparezca alguien sin su consentimiento?

A medida que Kenna se adentra en sus vidas, comprende que todos ocultan algo. ¿En qué se ha metido su mejor amiga, y cómo puede llevársela consigo de vuelta a casa?

«Una novela con tanta tensión que te morderás las uñas. *La bahía* te deja sin aliento.»

Sarah Pearse, autora de *El sanatorio*

«Una lectura tensa, retorcida y adictiva.»
Jo Spain, autora *best seller*

*Para mis chicos: Daniel y Lucas.
Os quiero muchísimo.*

Prólogo

La marea está subiendo. Cada ola parece acercarse un poco más hasta borrar, poco a poco, mis pasos.

Colocar un pie delante del otro, hundiendo los dedos en la arena, produce cierta paz. La tormenta de anoche hace que ahora floten toda clase de cosas en la superficie: hojas, vainas de semillas, flores de frangipani. Una naranja que se aplasta cuando la piso y que resulta estar rellena esencialmente de agua de mar.

Los demás siguen durmiendo; al menos, eso espero. He borrado mis huellas antes de entrar en la playa, pero si alguno de ellos apareciera en este momento, lo vería: la señal de que se ha arrastrado algo hasta el agua. Quizá también les extrañaría verme aquí tan temprano sin mi tabla de surf.

Aunque hoy no hace buen día para surfear. El mar es un verdadero remolino; sus aguas están oscuras a causa de la arena que ha revuelto la tormenta, y el viento sigue ululando. Las gaviotas se adentran en él con los ojos entrecerrados y las plumas erizadas. Una de ellas trota delante de mí, con la parte posterior convertida en una boa de plumas por el aire.

Recorro la orilla. Observo, espero.

Los tiburones todavía no han encontrado el cuerpo... Pero lo harán.

Capítulo 1

Kenna

—¡Eh, tú! —Una mujer rubia agita un panfleto en mi dirección—. ¡Coge uno, por favor!

Tiene un ligero acento: holandés, sueco o algo parecido.

Parpadeo, cegada por la luz del sol tras salir de la oscuridad de la estación de tren. ¿Por qué hay tanta claridad? Para mi cuerpo es como si estuviera en plena noche.

—¡La mejor comida tailandesa! —grita un joven.

—¿Buscas habitación? —pregunta en voz alta una chica con varios *piercings* en la cara.

Los promotores callejeros defienden su terreno, o al menos lo intentan, entre los ríos de personas que salen de la estación. Puede que Sídney se encuentre en la otra punta del mundo, pero, de momento, aterrizar aquí no parece muy diferente a hacerlo en Londres o en París.

Me cuesta mantener el equilibrio por el peso de la mochila. El chico del restaurante tailandés intenta darme un folleto, pero llevo la tarjeta del transporte en una mano y una mochila pequeña en la otra, así que me encojo de hombros a modo de disculpa y lo esquivo.

—*¡Happy hour!* —grita otra voz—. *Schooners* a seis dólares.

Mientras me pregunto qué será un *schooner*,¹ una mano me agarra de la muñeca: es la mujer holandesa de antes. Tiene unos cincuenta años, el pelo rubio ceniza y los ojos azul claro. Es guapa, o lo sería si sonriera y su rostro no estuviera tan tenso. Quiero zafarme de ella y seguir andando, ignorarla como hacen los demás, pero la desesperación de sus ojos me detiene. Bajo la mirada hacia sus folletos.

«Desaparecida: Elke Hartmann, nacionalidad alemana».

La fotografía muestra a una chica sonriente y rubia que sostiene una tabla de surf.

—Mi hija. —Su voz suena cruda.

No es holandesa, pues. Los acentos se me dan fatal. La marea de gente se dispersa y se mezcla a nuestro alrededor mientras echo un vistazo al panfleto. Elke tiene veintinueve años —uno menos que yo— y lleva seis meses desaparecida. Dedico una sonrisa tensa de comprensión a la mujer. Espero que la parada del autobús no esté lejos, porque la mochila me pesa una barbaridad.

Un maletín choca contra mi gemelo. Miro el reloj de la pared y veo que son las cinco y media: la hora punta de la tarde. Al darme cuenta, se me agudiza el dolor de cabeza. Nunca he sido capaz de dormir en los aviones, así que llevo dos días enteros despierta.

—¿Alguna vez has perdido a un ser querido? —me pregunta la mujer.

Le doy la espalda porque sí, he perdido a un ser querido.

—Había venido de mochilera. —La mujer señala mi equipaje—. Como tú.

Quiero decirle que no vengo de mochilera, pero no me da ocasión de hacerlo.

—Vienen a un país extranjero y no conocen a nadie. Si desaparecen, pasan días hasta que alguien se da cuenta.

Son un blanco fácil.

Con las dos últimas palabras, su voz se quiebra. Agacha la cabeza, le tiemblan los hombros. La abrazo con torpeza porque tengo las palmas de las manos húmedas y no quiero estropearle la blusa. Tengo que irme, pero no me atrevo a dejarla en este estado. ¿Debería llevarla a algún sitio? ¿Invitarla a una taza de té? Pero quiero llegar a casa de Mikki antes de que oscurezca. Le daré un minuto con la esperanza de que se desahogue llorando.

Junto a nosotras desfilan empleados de oficina. Parece que las mujeres de aquí van más arregladas que las británicas: cabello brillante, piernas bronceadas, tacones y faldas cortas. Los hombres llevan las camisas arremangadas y con dos botones sin abrochar, las chaquetas colgando del hombro y no hay rastro de corbatas.

Tengo las axilas empapadas de sudor. Es la humedad pegajosa de la que Mikki siempre se quejaba: «Casi tan horrible como en Japón». Estamos en marzo, en el otoño australiano, pero no me imaginaba que fuera a hacer tanto calor.

Observo a los promotores callejeros repartir sus folletos. El chico del restaurante tailandés se los da a cualquiera, pero parece que los demás se concentran en los mochileros. Con sus enormes macutos y extremidades blancas como la leche o abrasadas por el sol, destacan a kilómetros de distancia. *Blancos fáciles*.

La madre de Elke sorbe por la nariz.

—Perdón.

Revuelve en su bolso y saca unos pañuelos de papel.

—No pasa nada —digo—. ¿Se encuentra bien?

Se seca los ojos suavemente, como si estuviera avergonzada.

—Ya está, puedes irte. Pero ten cuidado, ¿vale?

—Lo tendré. Y no se preocupe por mí, no soy mochilera.
He venido a visitar a una amiga que se va a casar.

—Oh, siento haberte entretenido. Te estará esperando.

—Sí —digo.

Pero no es así.

Capítulo 2

Kenna

—¡Te voy a matar! —dice Mikki.

Estoy en el umbral de su puerta, encorvada bajo el peso de la mochila.

—Sabía que te ibas a enfadar.

Las pecas inundan las mejillas y la frente de Mikki. Su pelo largo, antes brillante y negro, ahora es castaño mate debido al efecto del sol australiano. El floreciente árbol que hay junto a su puerta principal perfuma la brisa nocturna con un olor exótico que resalta el hecho de que me hallo en el otro extremo del mundo.

Me contempla como si no supiera si está contenta o no de verme.

—¿Por qué no me dijiste que ibas a venir?

«Porque me advertiste que no lo hiciera». Pero no entremos en esa parte todavía.

—Intenté llamarte, pero no contestaste.

—Ya te dije que no hay cobertura en la playa a la que vamos.

Su top blanco de la marca Roxy deja a la vista sus firmes bíceps y su bronceado. Tan discretamente como puedo, busco moratones, pero no los encuentro, así que dejo de

contener un poco la respiración. Aquí está y, aparentemente, sana y salva. Mi mejor amiga.

Una sonrisa aparece en su rostro.

—¡Madre mía, Kenna! ¡Estás aquí de verdad!

Yo también sonrío. «¡Madre mía!» es su expresión favorita y no recuerdo la cantidad de veces que la habrá pronunciado; normalmente suele ser como consecuencia de la última locura que se me ha ocurrido perpetrar.

Me abraza.

«¿Lo ves? No pasa nada». Las mejores amigas hacen cosas como esta: si tus intenciones son buenas, puedes pasarte un poco de la raya.

¿Qué es la amistad, sino una suma de los recuerdos del tiempo que pasaste con alguien? Y cuanto mejores sean esos recuerdos, mejor será la amistad. Los que comparto con Mikki son: las dos desnudas haciendo surf una noche mientras estábamos borrachas; yo empujando su antiguo Escarabajo por la estrecha carretera de Cornualles sobre un acantilado para ver si lo arrancábamos; una vez que fuimos de acampada y se le olvidó coger la tienda, por lo que nos camelamos a los campistas de al lado y terminamos echándolos de las suyas.

La cantidad de cosas divertidas que habíamos hecho. Y esta se incluiría en nuestra historia compartida: la vez que volé hasta Australia para hacerle una visita sorpresa. Al menos, eso es lo que trato de decirme a mí misma. Por su pelo pringado de sal, hoy ha debido de hacer surf. Me aparto un mechón de la boca y me separo para mirarla.

—No me creo que hayas venido hasta aquí —dice—. ¿Y si no hubiera estado en casa?

Ese pensamiento ya se me había pasado por la cabeza.

—Habría buscado un hotel.

Hay cierta frialdad entre las dos. Podría deberse a que hace más de un año que no nos vemos, pero, aun así, parece que hay algo más.

—Entra —dice.

Me quito los zapatos antes de pasar. Mikki vivió en Japón hasta los seis años, y, aunque ha pasado mucho tiempo desde entonces, adquirió unas cuantas costumbres niponas de sus padres. Dejo la mochila en el suelo y miro a mi alrededor. Los suelos son de tarima y los muebles, de tiendas de segunda mano. No sé si su prometido está en casa, pero espero que no.

—¿Tienes hambre? —pregunta.

—Pues no lo sé.

Se ríe.

—Tengo el reloj interno hecho un lío. ¿Qué hora es?

Mira su reloj de muñeca.

—Casi las siete.

—¿En serio? —Me pongo a calcular—. Son las ocho de la mañana en Inglaterra.

—Estoy preparando *nikujaga* en cantidades industriales.

La sigo hasta la cocina, donde un rico aroma a carne inunda el ambiente, y me doy cuenta de que sí, estoy hambrienta. Tengo la piel empapada por el sudor; a pesar de que las ventanas y la puerta trasera están abiertas, la corriente que entra a través de la mosquitera es tan cálida como el aire de la propia habitación, y el ventilador del techo se limita a desplazarlo de un lado a otro.

Mikki se abanica la cara mientras remueve el contenido de la sartén al fuego. Ahora que se ha repuesto de la sorpresa, parece contenta de verme, pero con Mikki nunca se sabe. Yo, por mi parte, tengo uno de esos rostros que revelan todas mis emociones, de modo que mantengo la vista fija en lo que me rodea.

Los platos se amontonan y sobresalen del fregadero; las hormigas trepan por la encimera. Qué extraño... Mikki es una maniática de la limpieza —o solía serlo— y la casa que compartíamos en Cornualles siempre estaba impoluta. Se

percata de lo que estoy mirando y aplasta unas hormigas con el dedo.

La cabeza me estalla por una mezcla de deshidratación, cansancio y *jet lag*.

—¿Me das un poco de agua?

Llena un vaso en el dispensador de la nevera y, por las prisas de tragármela cuanto antes, me echo un poco de agua helada sobre los dedos y la camiseta, aunque es tan agradable que me dan ganas de tirármela toda por encima.

Mikki se seca el sudor de la frente. Está más delgada y fuerte que nunca, incluso que cuando competía. Bajo sus pantalones vaqueros cortos, va descalza, y lleva las uñas pintadas de un negro brillante.

—Tienes muy buen aspecto —digo.

—Gracias, tú también.

—No mientas, y mucho menos después de semejante vuelo. No me extraña que no quieras volver a Reino Unido. ¿Quién querría volver a hacer un viaje como este? —Hago todo lo posible por rebajar la tensión, pero sigue siendo palpable.

—Tu pelo. —Alarga un brazo para tocarlo—. Es tan...

—¿Aburrido? —Desde que nos conocimos en el último curso de primaria, he llevado el pelo de todos los colores del arcoíris salvo de mi apagado castaño natural.

—Iba a decir normal —ríe.

Yo también me río, aunque «normal» probablemente no sea un cumplido viniendo de ella... o de mí.

Mikki sirve el guiso con un cucharón en los platos y, mientras los coloca en la barra de la cocina, veo que tiene un tatuaje en el reverso de la muñeca.

—¿Qué es eso? —le pregunto.

Lo mira como si no fuera nada.

Cuando hablamos sobre tatuajes antes de que yo me hiciera el mío —un pájaro volando que ella diseñó para mí y

que me tatué en el omóplato—, le dije que debería hacerse uno.

«Ni de broma», me dijo. «Mis padres me matarían. Muchos japoneses piensan que los tatuajes son de mal gusto. No puedes ir al gimnasio o a la piscina pública si tienes uno».

«¿Todavía?».

«Sí. Eso, o te los tienes que tapar. Muchas empresas no te contratan si llevas algún tatuaje, no es bueno para su imagen».

Por lo que distinguir aquel tatuaje en su muñeca no podría haberme sorprendido más.

—Déjame verlo —le pido.

Mikki inclina el brazo para mostrármelo. Es una mariposa en tonos negros y marrones con un cuerpo rechoncho a rayas y con antenas. Debería decirle algo... Que me gusta, por ejemplo, pero... la verdad es que me parece horrendo.

Nos sentamos en los taburetes. Me gustaría preguntarle tantas cosas... pero todavía no ha llegado el momento. No quiero cargarme el buen rollo de golpe.

Me resulta raro comer *nikujaga* en una cocina tan diminuta y en la que hace tanto calor. Lo habíamos hecho millones de veces en nuestra gélida y aireada cocina de Cornualles, tiritando de frío después de volver de hacer surf.

—¿Qué tal va todo por la gran ciudad? —pregunta.

Cumplí los treinta hace poco y mi cumpleaños pasó casi sin pena ni gloria. Mis compañeros nuevos no sabían que lo era y yo no se lo dije. Mi madre me envió una tarjeta y unos cuantos amigos me mandaron algún mensaje o me llamaron, pero eso fue todo.

—Me encanta. Ya he conocido a un montón de gente agradable.

—¿Y el trabajo? ¿Qué tal?

—Bien también, muy ocupada. Mis pacientes se pegan unas buenas palizas bastante a menudo.

Pone cara de incredulidad.

—¿En Londres?

—Sí. *Rugby*, clases de yoga, cosas así. —Al menos esto es verdad. Le hablo de las lesiones que he tratado últimamente, pero parece que no me está escuchando del todo—. ¿Y tú, qué? ¿Sigues trabajando en el club nocturno?

—No, hace siglos que lo dejé.

Mikki debió de heredar una pequeña fortuna cuando su abuelo murió, porque ha mencionado que quiere comprarse una casa aquí.

—¿Qué haces, entonces? —le pregunto.

—Oh, un poco de todo. —Coge un panfleto de la mesa («Tablas de surf McMorris: tablas hechas a mano para los que saben apreciar la diferencia») y se abanica con él—. Joder, qué calor hace.

—¿Desde cuándo dices tacos?

—Es culpa de los australianos —responde con una sonrisa.

Yo también sonrío, y lo hago con los dientes tan apretados que me duele la mandíbula.

Todas las cosas que quiero contarle se agolpan en mi garganta y amenazan con salir despedidas.

Capítulo 3

Kenna

«¿Es violento contigo, Mikki? ¿Te hace daño?».

Espero equivocarme, pero en nuestras llamadas aparecían tantas señales de alerta... ¿Cómo saco el tema? ¿Se lo digo sin más? Podría ponerse a la defensiva y negarlo, así que espero a que se presente la oportunidad mientras hablamos sobre nuestros amigos en común, nuestros padres y la brasileña Maya Gabeira, la mujer que ha surfeado la ola más grande.

Se oye el tintineo de unas llaves y entra un chico alto, rubio y de constitución atlética.

Parece que Mikki se pone nerviosa.

—Esto... Él es Jack. Jack, esta es Kenna.

Me pongo en alerta de inmediato. O sea que es él. Lo había visto brevemente durante algunas de nuestras videollamadas por FaceTime y había escuchado su voz de fondo, pero nunca le había visto la cara como Dios manda.

Me estrecha la mano con una sonrisa cargada de confianza.

—He oído hablar mucho de ti.

La intensidad con la que me mira me hace sonrojar. Asimilo su fuerte constitución, lo estudio. Nadie amenaza a

mi mejor amiga y se sale con la suya. «Cálmate, Kenna, no sabes si eso es verdad». Pero no pararé hasta descubrirlo.

Le dedica una mirada divertida a Mikki.

—¿Sabías que iba a venir?

—No. —La sonrisa de Mikki parece forzada.

Jack se vuelve hacia mí.

—¿Es tu primera vez en Australia?

—Sí. —No quiero que este tipo me guste bajo ninguna circunstancia, pero es tan atractivo que resulta ridículo. Su piel bronceada y la forma en que su pelo parece casi blanco en algunas partes evidencian que pasa mucho tiempo al aire libre. Con su mandíbula firme bien afeitada, un hoyuelo en la barbilla y unos hombros anchos que sobresalen abultados bajo una camiseta de la marca Quiksilver, podría haberse escapado del plató de *Home and Away*, la telenovela australiana.

—Nunca he estado en Inglaterra —comenta—. Hace demasiado frío y tal. Uno de mis colegas estuvo allí durante un año y pasó una rasca de cojones. Imagínate tener que surfear con guantes y pasamontañas, ¡y eso en verano!

—¿Qué tal el trabajo? —le pregunta Mikki.

—Bien. —Jack se sirve un plato del guiso. No ha besado a Mikki al llegar ni la ha abrazado, aunque ¿quién soy yo para juzgar la forma en que se saludan las parejas que llevan mucho tiempo juntas?

—Has salido pronto. —Hay cierto tono acusador en la voz de Mikki que añado a mi lista de puntos en contra de Jack.

—Pues sí. —Jack se quita la camiseta, que lanza hacia una esquina, y después coge una cerveza de la nevera—. ¿Quieres una, Kenna?

Lucho conmigo misma para mantener la vista fija en su cara, no en su torso.

—Creo que no; de lo contrario, me quedaré dormida. —Y necesito mantenerme centrada.

Jack se sienta a mi lado y da un buen trago. No logro decidirme: por un lado, lo odio, y por otro, me cae bien. No puedo negar que hacen buena pareja. Él, rubio y atlético; ella, morena y al menos una cabeza más bajita. Y, además, tienen un importante interés en común: el surf. Pero en nuestras llamadas, Mikki apenas lo nombraba. Si tanto le gusta, estoy segura de que no habría parado de hablar de él.

Nada más conocerse, se fueron a vivir juntos, y ella pagaba el alquiler íntegro cuando él se quedaba sin trabajo. Se comprometieron tan rápido que cualquiera pensaría que estaba loca por él. Pero, viéndolos ahora, no acabo de verlo claro. Ella parece ligeramente exasperada con él y él, por su parte, parece tolerarla amigablemente. A la hora de mostrar sus sentimientos, Mikki siempre ha sido reservada; además, llevan juntos casi un año, por lo que el fuego ardiente puede haberse convertido en una llama lenta y estable. Pero sus evasivas con respecto a él sugieren que algo no va bien.

Lo poco que sé de su chico se lo he tenido que sacar con pinzas. No trabaja mucho —tiene problemas de espalda—, de modo que ella «lo ayuda» con el alquiler y ha abandonado sus planes de recorrer Australia porque Jack ya le ha enseñado «la mejor playa de todas». A mi entender, suena demasiado controlador y no me gusta.

El anuncio de su boda se le escapó la semana pasada mientras hablábamos, como si no tuviera intención de contármelo. Aquello fue la gota que colmó el vaso.

—Voy para allá —le dije de inmediato.

—No, no. No queremos montar un espectáculo; no es un acontecimiento tan importante. —Su tono era de resignación y cansancio, casi de tristeza.

—¿Estás embarazada?

Balbuceó.

—¡No!

Entonces, ¿por qué? Pero no quiso darme ninguna explicación. Me preocupaba tanto que compré un billete de avión en cuanto colgamos. Tendría que tomarme un mes libre, lo que no resultaba precisamente ideal, pero, puesto que trabajo para mí misma, podía disfrutar de vacaciones cuando quisiera. Además, en los últimos dieciocho meses no había hecho otra cosa más que trabajar y había sido una amiga pésima, enfrascada desde hacía tiempo en mis propios problemas. Mikki había estado a mi lado cuando la había necesitado, dos años antes, así que ahora me tocaba ayudarla a mí.

Antes de salir, llamé a sus padres para contarles que iba a ir a verla y para tantearlos. No dije nada sobre la boda y ellos tampoco, lo que sugería que no lo sabían: otra bandera roja.

Me preocupa que Jack la esté presionando para que se casen porque va tras su dinero. No sería la primera vez que se aprovechan de ella. Mikki se deja arrastrar por todas las tragedias, sobre todo las del tipo: gente que te pide dinero en la calle porque han perdido la cartera y necesitan dos libras con cincuenta para volver a casa en autobús, y a la que al día siguiente ves haciendo exactamente lo mismo. Pues Mikki les da el importe todos los puñeteros días. Es la persona más bondadosa que conozco, pero nunca parece completamente preparada para el mundo adulto.

¿Sabe Jack que su familia es propietaria de una exitosa cadena de tiendas de surf? Aunque ella no se lo haya contado, incluso podría haberla buscado en internet.

Jack agarra el antebrazo de Mikki con su gran mano.

—¿Has terminado con el papeleo?

Me tenso de inmediato.

—Sí —responde Mikki.

No hay signos de temor en su lenguaje corporal, pero eso no significa que no lo sienta.

—Dos semanas a partir de hoy, ¿verdad? —dice Jack.

Joder, deben de referirse a la boda. No tenía ni idea de que fuera a celebrarse tan pronto... O sea, que tengo catorce días para hacer que cambie de opinión. Le miro los dedos en busca de un anillo de compromiso, pero no lleva ninguno, lo que no debería sorprenderme si Jack realmente está a dos velas. Pero no creo que a Mikki le moleste lo del anillo. Aunque es una persona pudiente, también es la menos materialista que uno podría imaginar.

Observo a Jack mientras come. Su prometido... Aún no me he hecho a la idea. Desde que nos conocemos, Mikki nunca ha tenido un novio serio. Salió fugazmente con un tío en el instituto, y con unos cuantos más desde entonces, pero nunca duraron demasiado. Hubo un tiempo en que me pregunté si preferiría a las mujeres, pero tampoco parecían interesarle. A lo mejor el surf era suficiente para ella, su verdadera y única pasión.

Jack no se parece en nada a los chicos con los que salió en el pasado: sobre todo tipos creativos con barba, pelo largo y ropa *hippie*. Jack es más... saludable y atlético. Está más bueno («no ayudas, Kenna», me digo).

Sus tatuajes también me parecen inquietantes. Está cubierto de ellos: ornamentadas criaturas marinas y bestias místicas, una serpiente que se enrosca alrededor de su muñeca como una pulsera. ¿Por eso Mikki no le ha dicho a sus padres que va a casarse? ¿Porque no lo aprobarían?

Jack, que me mira fijamente otra vez y me está acojonando, recoge los platos vacíos; al menos tiene modales. Necesito quedarme a solas con Mikki para descubrir más cosas sobre él. Mientras friega los platos, abro mi macuto y saco varios regalos: paquetes de Minstrels y Revel, las chocolatinas inglesas que Mikki mencionó que echaba de menos; libros; un bonito par de

chanclas Havaianas con el dibujo manga de una chica japonesa en ellas.

—¡Oh, me encantan! —dice mientras se las pone.

—Y... —Avergonzada, saco los productos de maquillaje de todas las marcas que le encantaba usar cuando vivíamos juntas—. No sabía si aquí podías encontrarlos o no, o si seguías utilizándolos.

Le quita la tapa a una barra de labios y se dirige al espejo de la zona de estar para aplicarse un poco.

—Sí, sí que se encuentran por aquí, pero gracias.

Con los labios rosa brillante, Mikki me da otro abrazo y vuelve a sentarse. Sigue habiendo cierta tensión extraña entre nosotras, pero al menos ahora parece más ella misma.

—¿Qué tal está Tim? —pregunta.

Me sorprende que incluso recuerde su nombre.

—Solo salimos unas veces y rompí con él hace una eternidad, ¿no te lo conté?

—Menos mal, porque parecía un pelmazo.

Me río; me conoce muy bien.

—¿Y por qué no me lo dijiste entonces? —exijo.

—Quería hacerlo —responde, riéndose también.

Por un instante, es como en los viejos tiempos: ella y yo, mejores amigas para siempre. No tengo hermanas, solo un hermano mayor con el que no tengo una relación muy cercana, de modo que Mikki es lo más parecido a una hermana.

—¿Era demasiado simpático? —pregunta.

—No exactamente. —Le doy vueltas a la pregunta que me ha hecho. ¿Tendrá algo que ver con ella y con Jack?—. En realidad, no me interesaba tanto.

—¿Entonces no sales con nadie?

Jack me mira por encima del hombro y me siento cohibida.

—No.

Tras secarse las manos con un trapo, se acerca a nosotras.

—Qué suerte que hayas venido justo ahora, Kenna, porque mañana nos marchamos hacia la costa.

Deslizo la mirada hacia Mikki en busca de confirmación y la expresión avergonzada de su rostro me deja helada. ¿He volado hasta aquí para verla solo durante unas horas?

—¿Tienes planes? —me pregunta Jack.

—Pues... —Quedar con mi mejor amiga, descubrirlo todo sobre el inestable australiano con el que pretende casarse, hacerla entrar en razón y llevármela de vuelta a casa...—. En realidad, no.

—Deberías venir con nosotros —propone Jack.

Mikki abre exageradamente los ojos, pero Jack no se da cuenta. Mi amiga transmite unas vibraciones muy raras. Cuando se percata de que la estoy mirando, cambia su expresión.

—Sí, claro, ven.

—No quiero molestaros si vais a iros solos —comento.

—Qué va, seremos seis personas —dice Jack.

Me tenso. Mikki no me ha hablado mucho del grupo con el que sale a surfear, pero no me gusta lo que he oído. Intento ganar tiempo.

—¿A dónde vais?

—A la playa. —Jack sonrío, pero no entiendo el chiste.

Me vuelvo hacia Mikki.

—¿Es la playa para hacer surf de la que me hablaste? ¿A la que apenas iba gente?

—Sí. —Mikki y Jack se miran por algún motivo y ella se sonroja.

—¿Cuánto tiempo pensáis quedaros allí? —pregunto.

—Todo lo que podamos —responde Jack—. ¿A que sí, Mikki?

Me quedo a la espera de que cualquiera de los dos mencione la boda, pero no lo hacen.

—¿Y vais a acampar?

—Eso es —dice Jack—. Tú también surfeas, ¿verdad?

—Antes sí, pero ya no.

—¿Y eso?

No me apetece hablar de ello, así que respondo:

—Lo dejé.

Jack frunce el ceño.

—¿Cómo puede uno dejar de hacer surf?

Porque, después de lo que ocurrió, no soportaba ver el mar.

—Me mudé lejos de la playa por trabajo.

—Pero aquí no estás trabajando, ¿a que no?

—No, pero tampoco tengo tabla.

—¿Qué tabla solías utilizar? ¿Una *longboard*² o una *shortboard*?³

Son muchas preguntas.

—Pues... una *shortboard*.

—Espera un segundo. —Y, entonces, se marcha de la habitación.

Me giro hacia Mikki.

—Si no quieres que vaya con vosotros, solo tienes que decirlo.

Mikki se sobresalta.

—¿Eh? ¡No!

La rapidez con la que ha contestado es sospechosa.

—No parece que te apetezca.

—No, en absoluto. Es solo que me ha sorprendido verte.

—Mira hacia la puerta—. Y ha habido algunos malos rollos en la Tribu.

—¿La qué?